

## ***Introducción***

Algunas veces descubrimos un patrón de comportamiento tan evidente y predecible que nos preguntamos cómo no lo habíamos advertido antes. Imagina que este patrón pudiera proporcionar un modelo que te permitiera comprenderte mejor a ti mismo y a cualquier persona con la que interactúes habitualmente.

Este marco conceptual se puede lograr a través de un sencillo modelo de comportamiento compuesto por cuatro estilos conocido como DISC. Este patrón se encuentra oculto en todo aquello que hacemos y podría convertirse en la herramienta más eficaz que hayas descubierto jamás, porque te permitirá aprovechar al máximo tu potencial y profundizar tu conexión con todas las personas que conoces.

Si ya eres una de las millones de personas que están familiarizadas con los estilos de comportamiento DISC, los principios que se presentarán en *¡Alza el vuelo!* elevarán tu entendimiento a un nivel superior. Si todavía no conoces los cuatro estilos del DISC, prepárate para recibir el impacto: ¡este conocimiento te va a cambiar la vida!

En nuestro trabajo con cientos de compañías y decenas de miles de personas procedentes de todos los ámbitos de la vida, hemos sido testigo de multitud de asombrosas transformaciones en las personas. Hemos visto cómo directivos mediocres evolucionaban hasta convertirse en líderes extraordinariamente eficaces, cómo equipos atascados en conflictos resolvían sus problemas después de pasarse años de sufrir un estrés reprimido, cómo comerciales fracasados se transformaban en superestrellas, cómo profesores frustrados se convertían en educadores edificantes y cómo innumerables carreras profesionales se revitalizaban y eran redirigidas por personas que habían aprendido a aprovechar al máximo sus dones naturales. Cuando fueron capaces de convertir sus críticas en aceptación, muchas parejas nos han confesado que conocer el DISC salvó su matrimonio y muchos padres nos han felicitado con alegría y alivio por haber podido comprender a sus hijos.

Tanto si interactúas con compañeros de trabajo como si lo haces con clientes, con familiares o con amigos, el DISC te capacitará para relacionarte mejor con los demás. Enseguida comprenderás por qué encajas con algunas personas y con otras no. Además, obtendrás un marco de acción muy valioso que te permitirá aprovechar al máximo tus fortalezas y reducir al mínimo tus defectos.

El libro que estás a punto de leer no sólo es una historia sobre un grupo de aves. En esencia, *¡Alza el vuelo!* es una historia sobre *tu persona*. Aunque es posible que al principio no te des cuenta de ello, enseguida te identificarás a ti mismo en estas páginas. *¡Alza el vuelo!* es una historia sobre por qué reaccionas de cierta manera ante

tu familia, ante tus amigos y ante tus compañeros de trabajo. También es una historia sobre cómo respondes al mundo que te rodea y sobre qué cosas motivan tus decisiones y tus actos. Y es una historia sobre cómo puedes utilizar este flamante descubrimiento en el futuro.

A medida que vayas leyendo, deberías plantearte qué harías *tú* si te encontraras en la situación de las aves y de qué modo esa decisión dicta *quién* eres, cómo te comportas y cómo percibes y respondes a las personas que hay en tu vida. Sí, sólo es una historia. Pero también es una representación de tu propia vida. Lo creas o no, eres una de las cuatro aves que aparecen en esta historia. La cuestión es: ¿cuál de ellas?

*¿Hay algún personaje en esta historia que actúe igual que tú?*

*Tal vez uno de ellos te recuerde a alguien a quien conoces.*

*¿Sientes más inclinación hacia una de las aves?*

*¿Alguno de los personajes te saca de tus casillas?*

Las aves saben que, para poder volar, primero deben dar un salto. Han de saltar desde la seguridad de la rama que las protege y lanzarse hacia lo desconocido que se extiende ante sus ojos.

Si queremos alzar el vuelo y alcanzar nuevas cotas en nuestras relaciones más íntimas, en nuestra carrera profesional y en todos los ámbitos de la vida, también debemos dar un salto. Todos sabemos que las aves pueden *alzar el vuelo*. La pregunta es: ¿tú también puedes hacerlo?



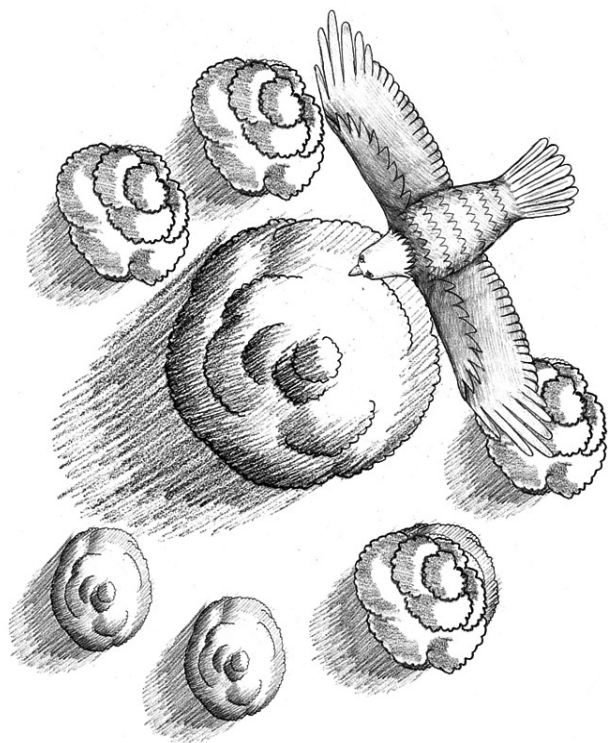
PRIMERA PARTE

***¡Alza el vuelo!***  
**La fábula**



1

# El Hogar



Todo comenzó con un leve crujido que, al principio, apenas resultó perceptible. Las ramas comenzaron a vibrar mientras el suelo temblaba. Las hojas relucían con fuerza. De repente, un ensordecedor chasquido retumbó por todo el bosque mientras el árbol se meció por última vez bajo el sol de la mañana. En unos segundos, aquel poderoso árbol ya nunca más proporcionaría sombra a los animales que vivían bajo su copa ni daría cobijo a los pájaros. Aquel gigante de sesenta metros se precipitó contra el suelo, golpeando la tierra con un ruido ensordecedor.

Una réplica cargada de ansiedad sacudió todo el bosque, conocido simplemente como el «Hogar». Para la diversa comunidad de aves que lo habitaban, el Hogar era un lugar que les proporcionaba seguridad y sosiego. Allí, las imponentes águilas interactuaban con las afables palomas, y los bulliciosos loros se mezclaban con los vigilantes búhos.

En lo más alto del cielo planeaba *Dorian*, una majestuosa águila que poseía una vista aguda y penetrante y una impresionante envergadura de dos metros y trece



centímetros. Desde la salida del sol hasta el ocaso, *Dorian* patrullaba los cielos. Aquella poderosa águila poseía un extraordinario sentido de la responsabilidad y velaba por la seguridad de todos los que vivían allí abajo. Sin embargo, aquel día, su sexto sentido le alertó de que había ocurrido algo extraño. Pero ¿de qué se trataba? De manera instintiva, gracias a su aguda vista y a su carácter resolutivo se dispuso a averiguarlo.

*Dorian*, más concentrada que nunca, sobrevoló una familia de palomas que mantenían una conversación serena. Advirtió que *Samuel* y *Sarah* se encontraban en su habitual rama, preparando la comida para un amigo. Sus suaves plumas blancas y grises se mezclaban perfectamente con el entorno. *Sarah* había nacido en aquel árbol, al igual que su madre y la madre de su madre.

Normalmente, cuando planeaba sobre la rama de *Samuel* y *Sarah*, *Dorian* solía escuchar un leve arrullo emitido en dulces tonos rítmicos. El águila nunca llegó a comprender del todo por qué acudían tantos pájaros al árbol de la familia de las palomas en busca de compañía, consejo y confort.

Pero aquel día no se escuchaba ningún arrullo. El golpe seco que había emitido el árbol había agitado a las palomas y aquel silencio resultaba extraordinariamente significativo para *Dorian*.

El águila siguió realizando su patrulla diaria y trató de asegurarse de que no había un Hombre ni ningún otro intruso en las proximidades. Los pájaros disfrutaban de una extraordinaria armonía en el mundo y *Dorian* trataba por todos los medios de que las cosas siguieran igual.

A continuación sobrevoló el Gran Lago y divisó a un grupo de loros. Aunque su número no era elevado, daba la sensación de que estaban *por todas partes*. Con un toque de rojo por aquí y un destello de amarillo por allá, las risas de los loros se podían escuchar de un extremo al otro del bosque. Dorian agudizó el oído durante unos minutos mientras los loros se entretenían con su coto-reo habitual.

—¡Escuchad todos! —gritó *Indy*, un ejemplar ampliamente reconocido como la personalidad más marcada del bosque—. ¡Alcemos el vuelo!

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —preguntó *Ivy*.

—Lo descubriremos cuando llegemos allí —replicó *Indy*.

Mientras pasaba junto a ellos, *Dorian* escuchó cómo *Indy* recordaba al grupo:

—La vida no es divertida mientras haya trabajo por hacer. Pero podemos desempeñarlo mejor si trabajamos todos juntos. ¡Sí!

«Esos loros y sus estúpidos lemas. No hacen más que perder el tiempo», pensó *Dorian*, mientras vigilaba el bosque que se extendía abajo. «¿No se dan cuenta de que es necesario resolver este asunto ahora mismo? Ojalá pudieran canalizar toda esa energía en algo constructivo.»

2

## El mapa de coordenadas del bosque



Durante la tarde en la que aquel terrible ruido había sacudido el bosque, los búhos *Clark* y *Crystal* estaban muy ocupados en su trabajo. *Dorian* voló cerca de su nido y preguntó a los búhos si podían ayudar a averiguar qué había sucedido.

*Clark* hizo un gesto de rechazo a *Dorian* y repuso:

—¿Podemos hablar después? Ya casi hemos terminado un proyecto que puede ayudarnos a analizar la situación.

Los búhos estaban trazando un mapa de coordenadas del bosque que permitiera a *Dorian* patrullar los cielos con la máxima eficacia. *Clark* y *Crystal* poseían una habilidad innata para detectar y analizar cada detalle del mundo que les rodeaba y aquella fortaleza iba acompañada por un don sin igual para la planificación metódica y la perfecta organización.

Antes de que estuvieran preparados para entregar el mapa a *Dorian*, emplearon con diligencia todas sus habilidades, comprobando una y otra vez hasta el último detalle y trabajando toda la noche hasta que el cielo se tiñó de naranja con el sol de la mañana. De repente,

mientras llevaba a cabo su tercera y última comprobación precisa, *Clark* se quedó paralizado:

—¿Qué sucede? —preguntó *Crystal*.

—¡Aquí hay un error!

—¿De qué se trata? —inquirió ella. Después de todo, habían llevado a cabo un proceso muy riguroso, contando los árboles y registrando meticulosamente hasta la última variable.

—Bueno, supongo que... nosotros... da la sensación de que... no puedo creer que vaya a decir esto, pero no hemos contado nuestro árbol —tartamudeó *Clark*.

—¿Cómo puede ser? —preguntó *Crystal*—. Debemos realizar un recuento preciso si queremos entregárselo a *Dorian*.

Comenzaron a revisar su metodología cuando, de repente: ¡*Bammmmm*, *zassssss*! Los loros *Indy* e *Ivy* aparecieron junto a los búhos y anunciaron:

—¡Los loros han aterrizado!

*Indy* e *Ivy* se echaron a reír. *Clark* puso los ojos en blanco y pensó: «¿Es que no ven que estamos *trabajando*?»

—¡Buenos días, *Clark*! ¿Qué estás haciendo? —preguntó *Indy*.

Tras dejar escapar un suspiro de frustración, los búhos comenzaron a explicar con desgana su proyecto hasta que *Ivy* les interrumpió:

—Detalles, detalles. ¿Qué importancia tiene pasar por alto un árbol? Tarde o temprano, cualquier tontería que suceda ahí fuera acabará manifestándose por sí misma.

*Clark* y *Crystal*, estupefactos, se miraron en silencio

## ¡ALZA EL VUELO!

mientras los loros siguieron conversando entre ellos, intercambiando ideas sobre todas las opciones nuevas y emocionantes que tenían para pasar el día. Los búhos sacudieron la cabeza y prosiguieron con el mapa. Aquellos loros no eran más que una distracción y los búhos estaban deseando ofrecer al águila un sistema perfectamente estructurado. No tenían la menor duda de que *Dorian* sabría apreciar su concienzudo trabajo y su atención por los detalles.

3

## El Consejo



La frustración de *Dorian* fue en aumento. El diagrama que había diseñado el búho no iba a mejorar las cosas. El optimismo ciego de los loros no iba a solucionar nada. Y, desde luego, no era el momento de que las palomas se reunieran con sus amigos y familiares más íntimos para consolarse mutuamente. El águila se preguntaba por qué era el único ejemplar que se sentía lo bastante preocupado como para tomar las medidas oportunas.

A la mañana siguiente, un manto de nubes negras se cernía justo por encima de las copas de los árboles. De repente, a través de la bruma, se escuchó un grito penetrante. Era *Dorian* y su grito sólo podía significar una cosa: el águila había encontrado algo. Había llegado el momento de celebrar una reunión de emergencia.

Habían pasado muchas lunas desde la última asamblea del Consejo de Aves y todo el bosque se sentía agitado y lleno de temor.

Todas las reuniones para debatir los asuntos graves se celebraban en el Árbol del Consejo, una enorme secuoya de más de doscientos años. El Árbol del Consejo, que casi había sido diseñado para albergar reuniones,



presentaba dos enormes ramas dobladas formando un semicírculo justo por debajo de unas ramificaciones protuberantes que hacían las veces de plataforma.

Como llevaban mucho tiempo sin verse en la obligación de ocuparse de un asunto oficial, el árbol había permanecido vacío: un símbolo de la serenidad y de la seguridad que hasta entonces había disfrutado el bosque. Eso, por supuesto, no incluía las múltiples sesiones secretas de comedia exclusivas para loros que se celebraban por las noches, denominadas con acierto Improvisaciones del Equipo I, un pequeño secreto que *Indy* e *Ivy* decidieron no compartir con *Dorian*.

Las palomas, representadas por *Samuel* y *Sarah*, fueron las primeras en llegar al Árbol del Consejo y ocuparon su lugar habitual. Su apariencia tranquila ocultaba una profunda inquietud, ya que les resultaba difícil conectar con las demás aves en un entorno tan formal.

Las palomas saludaron cordialmente a *Dorian*, que estaba ansiosa por comenzar la reunión. A continuación llegaron los búhos, dispuestos a tomar nota detallada de todo lo que allí sucediera. Todas las aves esperaron en silencio a que llegaran los loros, a los que se les escuchaba conversar animadamente en la lejanía. Finalmente, *Indy* e *Ivy* ocuparon sus asientos.

—Desembucha, Gran D —exhortó *Indy*.

*Dorian* era el encargado de dirigir todas las reuniones del consejo, tal y como habían hecho antes que él varias generaciones de águilas. Como era habitual, cortó por lo sano:

—Una crisis se cierne sobre nuestras alas.

Un murmullo recorrió todo el grupo.

—Un enorme árbol se ha desplomado a menos de un kilómetro de este lugar —prosiguió el águila.

—Oh, ¿por eso has convocado esta reunión? Ya lo vimos hace unos días —interrumpió *Ivy*—. Sucedió cerca de la carretera y vi a algunos lobos merodeando por allí. Nos preguntamos si...

—¿Visteis caer un árbol y no me dijisteis nada? —protestó *Dorian*, mientras hinchaba las plumas del pecho—. Pero ¿es que no lo entendéis? ¡Ahora todos nuestros nidos están en peligro!

—No pensamos que tuviera demasiada importancia —repuso *Ivy*, encogiéndose de hombros.

—¿Que no pensabais que tuviera demasiada importancia? ¿Tengo que recordarte que *vivimos* en los árboles? ¿Qué pasaría si hubiera sido *tu* árbol el que se hubiera precipitado al suelo?

—Relájate —replicó *Ivy*—. Los árboles se llevan cayendo desde siempre y no veo por qué razón...

—Este árbol es distinto —le interrumpió *Dorian*—. Era un ejemplar gigantesco, sano y no se cayó solo. Necesitamos llegar al fondo de este asunto. ¡Ahora!

—Es posible que lo derribara una fuerte racha de viento —aventuró *Ivy*.

—¡De ninguna manera! —gritó *Clark*, en un poco habitual arrebató de emoción—. ¿Sabes la velocidad que tenía que tener esa racha para poder hacer eso? Yo calculo que sería... —y comenzó a pasar las páginas de su diario—. Aquí está, a ciento cuarenta kilómetros por hora. No obstante, las rachas de viento de esa magnitud son extraordinariamente infrecuentes. De hecho, algunos cálculos revelan...

—No ha sido un suceso natural —atajó firmemente *Dorian*.

*Sarah* dejó escapar un suspiro mientras una oleada de preocupación recorrió su cuerpo. El silencio se adueñó de todo el grupo.

—¿Y bien? —preguntó *Indy*, de manera casi premonitoria—. ¿De qué se trata entonces?

—No lo sé —contestó *Dorian* secamente—. Pero lo averiguaré.

Los búhos intercambiaron sus notas.

—Debemos conservar la calma y no sacar conclusiones precipitadas antes de reunir todas las pruebas —dijo *Crystal* y, a continuación, se dirigió a los loros—. Repasemos la situación. *Indy* e *Ivy*, ¿visteis cómo se caía hace unos días?

—Sí —respondieron los loros al unísono.

—Me pregunto una cosa —sondeó *Clark*—. ¿Por qué no advertisteis a todo el mundo utilizando el Sistema de Alarma del Bosque?

—No se nos ocurrió hacerlo —respondió *Ivy*.

—En cualquier caso, nadie le presta atención —añadió *Indy*.

—¿Para qué creamos esos sistemas si nadie los utiliza? —rezongó *Clark*.

—Ésa es una buena pregunta —atajó *Dorian*.

*Clark* lanzó al águila una mirada de desdén y volvió a dirigirse a *Ivy*.

—¿Así que viste que un árbol se desplomaba y te limitaste a salir volando?

—Bueno, en realidad estábamos más interesados en los lobos. *Indy* hace unas imitaciones extraordinarias de los aullidos. Demuéstraselo, *Indy*. Tenéis que verlo...

—Ahora no —interrumpió *Dorian*.

Las palomas, que todavía no habían dicho una sola palabra, miraron nerviosamente a los loros y luego clavaron la mirada en los búhos, pero no intervinieron en la discusión.

*Clark*, convencido de que podía ofrecer una solución, agitó sus notas en el aire.

—*Dorian*, me pregunto por qué no volaste siguiendo los nuevos mapas de coordenadas. Es una técnica muy eficaz y podría haberte permitido identificar antes esta situación.

—¿De verdad crees que me voy a pasar el día siguiendo las líneas de un mapa imaginario? —le espetó el águila—. No pienso hacerlo.

Frustrado por toda aquella conversación, *Clark* se colocó en el centro de la plataforma.

—Compañeros del Consejo, hemos desarrollado una serie de procesos y sistemas que están específicamente diseñados para mantener el bosque organizado.

—Oh, vamos —interrumpió *Ivy*. Aquel loro, que siempre estaba alegre, se mostró enojado—. El propósito del Hogar no es estar *organizado*, sino disfrutar de la vida. No deberíamos ponernos nerviosos tan pronto. Yo siempre digo: «¡Vive el momento, vuela despreocupadamente!» Todavía no veo la razón para estar aquí. Los búhos le quitan la diversión a todo. Estoy harto de esto.

—Todo eso está muy bien para ti y para tu mundo de fantasía de los loros —intervino *Dorian*—. Pero la verdadera vida no consiste en jugar, aunque, si el tiempo lo permite, no veo nada malo en practicar deportes sanos y competitivos. La vida es una sucesión de logros. Estamos

aquí, en este bosque, para dejar nuestra huella. ¿Sólo quieres ser recordado por lo mucho que te *divertiste*?

—¿Qué hay de malo en ello? —respondieron *Indy* e *Ivy* encogiéndose de hombros.

—¡Todo es malo! —exclamaron los búhos.

En una décima de segundo, los búhos, los loros y *Dorian* comenzaron a gritarse mutuamente. Mientras tanto, las palomas permanecieron sentadas en silencio en el fondo de la plataforma, alarmadas por el conflicto que se había desatado. *Sarah* se retorció incómodamente en su asiento.

—¿Qué deberíamos hacer? —susurró a *Samuel*—. El Consejo se está desmadrando. Se gritan unos a otros y nadie escucha a los demás.

*Samuel* trató de calmarla, pero también se sentía incómodo.

—No podemos solucionar nada mientras sigamos actuando de esta manera. Tenemos que trabajar juntos y en armonía o, de lo contrario, esta situación rápidamente se convertirá en un caos.

De repente, *Sarah* tuvo una idea.

—Creo que necesitamos recurrir a alguna ayuda exterior.

—¿A *Xavier*? —preguntó *Samuel*.

—Los pájaros que viven en el norte todavía hablan de cómo *Xavier* les cambió la vida después del gran incendio. Merece la pena intentarlo.

—¡Alto! —gritó *Dorian*, haciendo que su voz se elevara por encima de las de los búhos y de las de los loros.

A continuación, el águila se volvió hacia las palomas.

—¿Vosotros dos tenéis algo que decir o vais a permanecer sentados ahí todo el día?

Pillada con la guardia baja y sintiéndose presionada, *Sarah* tartamudeó hasta encontrar las palabras. No tenía pensado hablar y no quería parecer crítica, pero en ese momento todas las miradas se habían clavado en ella. Respiró profunda y relajadamente para aplacar los nervios.

—Bueno, ya veo cuál es el punto de vista de los demás —comenzó cálidamente—. Estoy de acuerdo con el deseo de *Clark* de mantener el orden. No quiero vivir sumida en el caos. Y también estoy de acuerdo con la opinión de *Dorian* de que deberíamos tratar de alcanzar objetivos importantes. En cuanto a lo que ha dicho *Ivy*, es cierto que deberíamos disfrutar de la vida.

Todo el mundo hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Y? —preguntó *Dorian*, bastante frustrado por su prolongada respuesta.

—Supongo que *Samuel* y yo sólo queremos vivir en un lugar donde podamos decir que todos son nuestros amigos y donde nos sintamos seguros —concluyó *Sarah*.

—¿Eso es todo? —replicó el águila. Se le había acabado la paciencia—. Con el debido respeto a tu pequeña intervención alentadora, estamos sufriendo una crisis y pienso averiguar qué está pasando. Y os aconsejo que hagáis lo mismo. Si alguien observa cualquier cosa que resulte sospechosa, quiero que me lo notifique inmediatamente.

El águila saltó desde su rama y, en unas cuantas poderosas sacudidas de las alas, desapareció de la vista de

## *El Consejo*

todos. El grupo permaneció en silencio durante unos minutos y, a continuación, cada uno se fue por su lado. La reunión del Consejo había agitado algunas plumas.

Aunque las aves habían vivido siempre en el mismo bosque durante muchos años, nunca se habían tenido que enfrentar a un reto como aquél. Ahora, la incertidumbre se cernía por toda la tierra.